

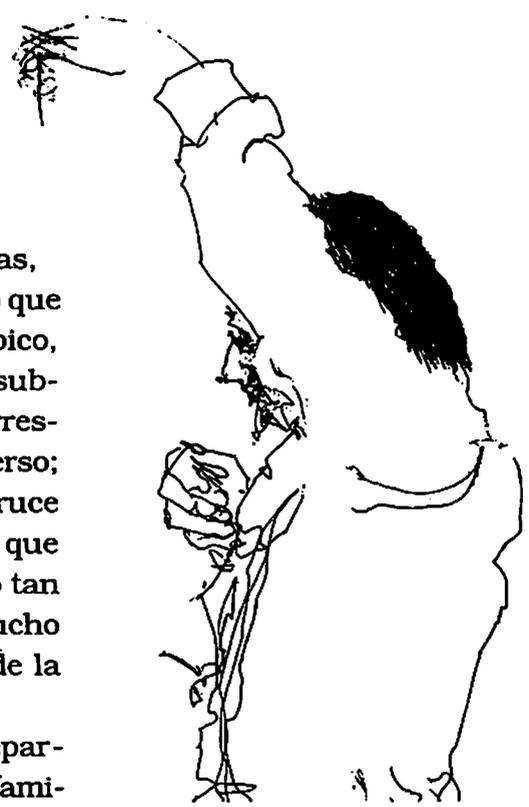
Mauricia Moreno



Los tesoros de Nery

(FRAGMENTO DE NOVELA)

I



Nery insiste en horadar la tierra, arrancar cuanto en ella se oculte. Pueden ser tesoros de los revolucionarios, el oro de los zapatistas, bien puede ser una pieza de plata, oro, cobre; lo que

Dios dé es bueno. Nery insiste en desgarrar la tierra con pico, con pala, azadón o barreta. Nery quiere romper el suelo, el subsuelo; hacer un hoyo tan hondo que atravesase las capas terrestres. Llegará al averno y si se apura tal vez traspase el universo; quizá salga en China o se quede a mitad del infierno, se cruce con Beatriz o se atore con el lanchero. Nery quiere hacer lo que Pita Plomo; alquiló un detector de metales, tan bueno, pero tan bueno, que halló un tesoro antiguo. Un tesoro de antes, mucho antes de la Revolución, de Zapata, de Villa, de Obregón, de la Guerra de los Cristeros y de no sé cuántos.

Era el tiempo de las haciendas, cuando México estaba repartido entre cuatro, como una gran naranja, entre cuatro de familia. Nery quiere extraer lo que queda; no será petróleo, ese se está extinguiendo, no será oro, plata, cobre, zinc de manera virgen, será oro trabajado, de catorce, doce o diez kilates, puede ser porcelana de China, Japón o Francia. Caolín límpido como cristal, claro como el agua. Reliquias atesoradas por la madre tierra. Despojos de la insurrección indígena, algún criado felón, parientes falsos; crimen entre hermanos, ambición desmedida. Crimen, sangre, odio, miedo, pánico que impulsó a horadar la tierra, correr temblando. Tierra abierta, tripas afuera, herir muy hondo, depositar el tesoro que ahora espera la barreta que empuña Nery.

Nery repite entre susurros que al encontrar el tesoro se comprará un pedazo de terreno, le quedará dinero para comer un año, mandará al nieto a la escuela; la escuela del barrio. No tendrá problemas, con dinero todo se arregla. Quizá le alcance para el arreglo de su dentadura. Vivirá tranquila lo que le queda.

—¡Al diablo el ayuno!— repite mientras seca paladas de arena. Se hartará de comida, las fritangas que le gustan: tamales

Mauricia Moreno. Licenciada en Letras Españolas (UAEM). Becaria del Centro Toluqueño de Escritores por la novela *Aglaura* (1984). Actualmente estudia el Diplomado en Recreación Literaria, promovido por la SOGEM en la Escuela de Escritores del Estado de México. *la colmena* presenta a sus lectores la primicia de *Los tesoros de Nery*, segunda novela de la autora.











mamey, lustrosos, tacón puente muy alto; la falda de pañuelos, la blusa blanca. Los anteojos, la cajeta, los cueritos de cerdo, la machaca; las revistas, el esmalte para las uñas, el lápiz labial, las sombras para los ojos. Pancho no olvida nada y menos para Nery que le espera después de cada viaje, fresca, limpia; con ese perfume indefinido. No sabe a qué huele, pero le gusta, le agrada ese olor a romero, a mastranzo; olor a jazmines, flor de muerto o mirra.

## X

Las sombras se han disipado totalmente. El camino a Zinacantan se ve transitado. La luna llena es un círculo perfecto cuyos destellos de plata con fondos grises reptan con un desfile de árboles y casas, casas y árboles. Casas en sombras que protegen las pequeñas y grandes pasiones. El amor, el llanto, el gemir, el grito de la mujer vituperada, el niño afebrado, el beodo, el violador, el que perdona el engaño. Sombras que ocultan cuanto de cruel existe, de bueno, lo negro y lo blanco, las sombras, los despojos humanos, desechos del alma, la noche, el alba. Los grandes tesoros que la tierra guarda; el baúl o los barriles que Nery y el vecino Casimiro corren a sacar.

—¡La iglesia, vecino! ¿Ésa es la iglesia?

—Aquí es, señora Nery.

El vecino la ayuda a bajar del camión y llama a señas a los hombres que les acompañan, se desperezan y alisan el pelo pastoso. El silencio es profundo. No se escucha ni el ladrar de los perros. Silencio, como el silencio de los muertos. Silencio de tumba, de dolor callado.

—¿Y la médium?

—La médium no pudo venir, tenía otro compromiso, la llamaron de Real de Arriba. El padre llega hasta dentro de dos meses. Salió a un concilio, eso me dijo el sacristán; el padre también está en el secreto. No ha dado su autorización para desenterrarlo, pero nosotros quisimos tomar la delantera.

—Pronto, Casimiro, el día despunta, mire, empieza a clarear.

—No exagere, señora, estoy preparando el detector. Hoy dejamos marcado el lugar exacto y mañana seremos ricos. Dice el sacristán que por este lado del atrio se refleja una luz brillante como fuego. En ocasiones, entre ese reflejo, se recortan las sombras de unos hombres. Todos los

